

AMSTERDAM 2000

El mensaje del evangelista está basado en la Biblia

Por John Stott

Nuestro tema en esta mañana es una excelente afirmación: “El mensaje del evangelista está basado en la Biblia.” Verdaderamente, la Biblia es la única base sobre la cual el auténtico evangelista puede construir su ministerio y su mensaje. La Biblia es indispensable para todo verdadero evangelismo. Sin ella, los evangelistas no tendrían nada para decir, nada que valiera la pena escuchar, y ninguna esperanza de lograr resultados.

Pero si está basado en la Biblia, el mensaje del evangelista es drásticamente diferente.

Primero, tiene un rico *contenido* evangélico, porque es la buena noticia de Dios para los pecadores. Se concentra en la muerte expiatoria y en la gloriosa resurrección de Jesucristo.

Segundo, respira una *autoridad* que demanda atención e incluso asentimiento. Suena cierta.

Tercero, tiene *poder* liberador y transformador. Hace libres a las personas.

Estas tres características del evangelio: contenido, autoridad y poder, provienen de la Biblia, que es la Palabra de Dios.

1. La Biblia da contenido al mensaje del evangelista

El contenido bíblico es esencial para el verdadero evangelismo, porque éste (en su forma más simple) es la comunicación del evangelio, y el evangelio tiene un contenido dado por Dios. Dado que el tema de “El contenido del evangelio” ya fue tratado por el Dr. Packer, no invadiré su territorio, pero necesito subrayar dos puntos.

a. *El evangelio proviene de Dios.* El evangelio es la buena noticia *de Dios*. No es una invención o especulación humana, sino una revelación divina. Si Dios no hubiera tomado la iniciativa de hacerse conocer, nadie lo habría conocido nunca. Y todos los altares del mundo tendrían la inscripción: “Al dios no conocido”, como el que Pablo encontró al salir de Atenas.

El hecho es que no podemos siquiera aprender la mente entre seres humanos; mucho menos podremos leer la mente de Dios. Si yo estuviera aquí parado en silencio, ¿cómo sabrían ustedes en qué estoy pensando? Inténtenlo. (Pausa.) ¿Qué estaba pensando? ¡No lo saben! Pues bien, yo estaba pensando... Pero ustedes no tenían idea. Nunca sabríamos lo que otra persona está pensando, si no hablara. Si no podemos aprender la mente humana, ¿cómo vamos a leer la mente de Dios? Pero quiero recordarles lo que dice Isaías 55.8-9:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.”

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

Entonces, los pensamientos de Dios son mucho más altos que nuestros pensamientos, como los cielos son más altos que la tierra; es decir, infinitos.

¿Cómo, entonces, podremos conocer la mente de Dios? No podemos. Es totalmente superior, más allá de nosotros. No hay escalera por la que podamos subir a la infinita mente de Dios. No hay forma de cruzar el abismo que nos separa. Si Dios no hubiera hablado, nunca habríamos podido entender sus pensamientos ni su propósito salvador en el evangelio. ¡Pero Dios **ha** hablado! Su palabra ha descendido a nosotros. Veamos Isaías 55.10-11:

“Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come,

así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.”

Dios, entonces, ha revestido sus pensamientos de palabras. Así como ahora ustedes saben lo que estoy pensando porque estoy hablando, sabemos los pensamientos de Dios porque los ha puesto en palabras. Ha comunicado los pensamientos de su mente con las palabras de su boca, en forma suprema, en su Verbo encarnado, Jesucristo, pero también en su Palabra escrita, que da testimonio de Cristo.

¡Gracias a Dios por la Biblia! Es llamada con justicia “Palabra de Dios”, en y a través de la cual Dios nos abre su mente y nos revela su mensaje para el mundo.

b. *El evangelio se concentra en Cristo.* Recordemos lo que Pablo dijo a Timoteo:

“...sabiendo... que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3.14-15).

Es decir que la Biblia es, esencialmente, un libro de salvación. Su propósito principal es enseñarnos el camino de la salvación. Y dado que la salvación es sólo por gracia, sólo en Cristo, sólo a través de la fe, la Biblia se concentra en Cristo crucificado, resucitado y reinante, y nos insta a confiar en él como nuestro Salvador.

Jesús mismo lo dijo claramente: “Las Escrituras dan testimonio de mí”, dijo. Y otra vez: “...está escrito de mí en la ley de Moisés.” Y “les declaraba en todas las Escrituras todo lo que de él decían.” (Lucas 24.27, 44). Por eso, al leer las Escrituras, debemos buscar a

Cristo. Como escribió Jerónimo, en el siglo 5to, “ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo.” Por el contrario, conocer la Biblia es conocer a Cristo.

Esto explica por qué amamos la Biblia. Algunas veces a los creyentes evangélicos se nos acusa de ser “bibliolátricos”, “adoradores de la Biblia”, ¡pero es una calumnia! No adoramos la Biblia. Adoramos al Cristo de la Biblia, y la amamos porque se centra en él. Por ejemplo, en esta reunión posiblemente haya un hombre enamorado. Ese hombre lleva en su billetera una fotografía de su amada. Y algunas veces, cuando nadie lo ve, toma esa fotografía de su bolsillo y le da un beso a escondidas. ¡Pero besar una foto es un pobre sustituto de lo verdadero! ¡Así como usted ama la foto, porque le “habla” de “ella”, así nosotros amamos la Biblia, porque nos habla de “él”, Cristo!

Así como nosotros amamos la Biblia porque amamos a Cristo, algunos no aman a ninguno de los dos. Por el contrario, son hostiles a Cristo. Por eso, si en nuestro evangelismo nos concentramos fielmente en Cristo, en el Cristo auténtico del testimonio bíblico, seguramente sufriremos por nuestro testimonio. ¿Qué tiene, entonces, el evangelio de Cristo, que provoca la hostilidad de la gente? Aparentemente hay tres causas principales.

La primera es la *unicidad* o singularidad del evangelio de Cristo. En nuestras culturas cada vez más pluralistas, insistir en que Cristo es el único que salva es ofensivo, y me temo que lo será cada vez más a medida que se extienda el pluralismo.

Segundo, la *gratuidad* del evangelio. Los seres humanos somos orgullosos y daríamos cualquier cosa por poder ganarnos la salvación, o pagarla en parte. Decir que es un regalo sin retribución, totalmente gratuito e inmerecido, es demasiado humillante para la arrogante autoconfianza de la gente. Esta es la piedra de tropiezo de la cruz.

Tercero, los *altos parámetros morales* del evangelio de Cristo son otra piedra de tropiezo. Las personas aman su pecado y desean poder pecar sin problemas. Les molesta que el evangelio los llame a ser santos y a entregarse a Cristo como Señor.

Si somos fieles a Cristo en estas maneras (afirmando la unicidad, la gratuidad y los altos parámetros morales del evangelio), sufriremos por ello. En realidad, si no cediéramos tanto ante el mundo, sufriríamos más, sin duda.

En cuanto al contenido del evangelio, entonces, decimos que el evangelio proviene de Dios y se concentra en Cristo. En esta manera, la Biblia da contenido al mensaje del evangelista.

2. La Biblia da autoridad al mensaje del evangelista

En la actualidad, la palabra “autoridad” cada vez es más desagradable para muchas personas. Dicen que buscan libertad, no autoridad, creyendo que ambas son incompatibles, cuando en realidad no lo son. No es descartando el yugo de Cristo que encontraremos descanso, sino sometiéndonos a él.

Desde la década de 1960, el mundo se ha rebelado contra toda figura de autoridad: contra la autoridad del estado, de la iglesia, de la escuela, de la familia, la Biblia y el Papa. Pero es un hecho probado en psicología que los adultos, como los adolescentes, anhelan esa misma autoridad que rechazan. Aunque digan lo contrario, los seres humanos ansían una palabra de autoridad, una palabra en la que puedan confiar. Y la única palabra que es digna de absoluta confianza no es una palabra humana, sino la Palabra de Dios.

Así que los auténticos evangelistas no se disculpan por el evangelio. Por el contrario, creen que es la verdad de Dios y la proclaman con claridad, convicción y osadía. En nuestra era posmoderna, en la cual se niega aun la posibilidad de que la verdad exista, es maravillosamente refrescante sentir la firme certeza de los autores bíblicos, y comunicar su mensaje, con su autoridad, al mundo. Los evangelistas sabios se atienen a la Biblia en sus mensajes, porque la Palabra de Dios tiene autoridad.

Pero al decir esto lo he hecho parecer demasiado simple. Para ser honesto, debo agregar dos aspectos importantes de la Palabra de Dios.

a. La Palabra de Dios no incluye todo lo que quisiéramos saber. Los seres humanos estamos permanentemente deseando saber más. Demandamos respuestas para todas nuestras preguntas. Pero Dios no nos ha revelado todo. Al respecto, Deuteronomio 29.29 es un texto que debemos conocer y recordar:

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.”

La verdad, aquí, se divide en dos categorías: por un lado, las “cosas secretas”, que pertenecen a Dios, y por el otro, “las cosas reveladas”, que pertenecen a nosotros.

En otras palabras, algunas verdades realmente han sido reveladas (de otra manera no las conoceríamos), mientras que otras no han sido reveladas, sino que son guardadas en secreto por Dios. Por esta razón, los creyentes cristianos son una inusual combinación de dogmatismo y agnosticismo; son dogmáticos acerca de las verdades que han sido claramente reveladas, y agnósticos con respecto a aquellas que no lo fueron. Acerca de las verdades reveladas, es correcto decir “yo sé”, y proclamarlas con autoridad. Acerca de las verdades secretas, por el contrario, es correcto decir “no lo sé”, y estar dispuestos a tratarlas en forma tentativa.

En realidad, muchos de nuestros problemas surgen de que algunas veces no respetamos esta distinción. Es tan tonto permitirnos ser dogmáticos en relación con las cosas secretas, como ser agnósticos con relación a las reveladas. Entre nosotros, los cristianos evangélicos, la primera es la falta más común. Es decir que tendemos a ser abiertamente dogmáticos, más de lo que la misma Biblia permite, y así causamos ofensas por nuestra arrogancia. Debemos recordar la humildad de los apóstoles. El apóstol Juan escribió sobre nuestro estado futuro: “aún no se ha manifestado lo que hemos de ser” (1 Juan 3.2), mientras que el apóstol Pablo escribió: “Ahora vemos por espejo, oscuramente;... ahora

conozco en parte...” (1 Corintios 13.12). Si dos de los principales apóstoles reconocieron su parcial ignorancia, es justo que nosotros hagamos lo mismo.

Confieso que me agradecería ver entre nosotros más confianza evangélica en lo que Dios ha revelado y más humildad evangélica en cuanto a lo que Dios ha guardado en secreto. Respetar esta distinción en nuestra tarea evangelística nos ganaría el respeto por nuestra honestidad.

b. *La Palabra de Dios debe ser interpretada.* Sin duda, creemos en lo que los reformadores del siglo 16 llamaban la “transparencia” de las Escrituras, es decir, que son claras, que “se puede ver a través de ellas.” Pero ellos se referían al plan de salvación a través de Cristo por la fe. Eso está claro como el agua en la Biblia. Aun las personas sin educación, o los niños, pueden comprender y creer el evangelio. Pero no todo es igualmente claro en la Biblia. Pedro confesó que algunas cosas en las cartas de Pablo eran “difíciles de entender” (2 Pedro 3.16). Así que... ¡si un apóstol algunas veces no podía comprender a otro apóstol, sería poco humilde de nuestra parte suponer que nosotros sí podemos!

La razón principal por la que algunas partes de la Biblia quizá sean oscuras para nosotros, tiene que ver con las culturas. Dios no gritó verdades despojadas de elementos culturales desde el cielo. Por el contrario, se reveló dentro de las culturas particulares de los autores humanos, y quizá estas sean extrañas para nosotros. En realidad, una de las glorias de la revelación divina es que Dios condescendió a hablar a través de los idiomas y las culturas humanas. Ninguna palabra de Dios fue pronunciada en un vacío espiritual. Toda palabra de Dios fue hablada dentro de un contexto cultural.

En consecuencia, no podemos evadir la tarea de construir puentes entre el mundo antiguo en sus culturas, y las culturas del mundo moderno. Le ruego que no se resista a realizar esta dura tarea de interpretación y aplicación. Debemos arrepentirnos de nuestra tendencia a la ociosidad como evangélicos; de comportarnos como si la Biblia fuera a entregar sus tesoros a quienes no desean trabajar para buscarlos. Debemos, tanto explorar la Palabra de Dios, como clamar al Espíritu Santo que nos ilumine. Como Dios dijo a Daniel: “Desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras” (Daniel 10.12). Humildad y diligencia, oración y estudio, van unidos.

Por esto, aunque no todo ha sido revelado, y lo que fue revelado no siempre es fácil de comprender, la Biblia tiene una autoridad única en el evangelismo. Venimos a ella con confianza. La estudiamos con cuidado y esfuerzo. Nos humillamos ante ella y oramos pidiendo al Espíritu Santo que nos ilumine. Nos decidimos a proclamar su sagrada enseñanza con convicción. Algunas veces me pregunto si hay algo más necesario para la salud y el crecimiento de la iglesia en el día de hoy, que recuperar la predicación bíblica escrupulosa, tanto de parte de los pastores como de los predicadores.

3. La Biblia da poder al mensaje del evangelista

Es importante distinguir entre autoridad y poder. En el contexto del evangelismo, la “autoridad” es principalmente subjetiva (la convicción con que predicamos), mientras que el “poder” es objetivo (el poder que la Palabra de Dios tiene sobre quienes la escuchan). Y la verdadera predicación del evangelio combina autoridad y poder. Como Pablo escribió a los tesalonicenses, “nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1 Tesalonicenses 1.5). Por ello, es el Espíritu Santo quien nos da convicción y poder en el evangelismo. Deseamos que nuestro mensaje, que muchas veces es predicado con gran debilidad humana, llegue con divino poder a la mente, el corazón, la conciencia y la voluntad de los oyentes. Hay poder en el evangelio. Creo que todos podemos hacernos eco de la sonora afirmación de Pablo: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom. 1.16).

La misma Biblia enfatiza el poder de la Palabra de Dios con el uso de vivas imágenes. La Palabra de Dios es como fuego; quema la escoria. Es como un martillo; rompe la piedra en pedazos. Es como una semilla; germina y lleva fruto. Es como comida; nos alimenta. Es como buenos pastos en que las ovejas pueden pastar seguras. Y sobre todo, es como una espada, porque “la espada del Espíritu... es la Palabra de Dios” (Efesios 6.17).

Nunca, entonces, deberíamos separar la Palabra y el Espíritu. Algunos cristianos tienen gran confianza en el Espíritu Santo, pero no estudian ni exponen la Palabra de Dios. Otros somos grandes estudiosos de la Palabra (¡los libros de estudio se apilan en nuestro escritorio!), pero rara vez, si es que lo hacemos, caemos de rodillas, clamando a Dios por la luz y el poder de su Espíritu Santo. ¿Por qué siempre debemos polarizar? ¿Por qué separamos lo que Dios ha unido?

Dado que la Biblia es la Palabra de Dios, debemos leerla como no leemos *ningún* otro libro; de rodillas, en humildad y oración delante de Dios, pidiéndole a él que nos ilumine. Pero dado que la Biblia es la Palabra de Dios expresada en palabras de autores humanos, debemos leerla también como a *cualquier* otro libro, prestando cuidadosa atención al texto y el contexto. La doble autoría de la Biblia demanda esta manera dual de enfocarla.

Nuestro tema ha sido que “el mensaje del evangelista está basado en la Biblia”. El evangelismo sin la Biblia es inconcebible, aun imposible. Porque sin la Biblia, el mensaje del evangelista no tiene contenido, ni autoridad, ni poder. Es la Biblia la que da contenido a nuestro mensaje (Cristo crucificado y resucitado), autoridad (para proclamarla con profunda convicción), y poder (ya que el Espíritu reafirma la Palabra).

Esta es la forma trinitaria de todo evangelismo auténtico. En él, la Palabra de Dios se concentra en la muerte y resurrección de Cristo, en el poder del Espíritu Santo.